



LALLAVE
DEL ÀGUILLA

ELISA

ROLDÁN





www.loqueleo.santillana.com

© 1996, ELISA ROLDÁN
© 1996, 2010, 2011, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4657-0
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Cubierta: CARLUS RODRÍGUEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Roldán, Elisa

La llave del águila / Elisa Roldán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Santillana, 2016.

200 p. ; 22 x 14 cm. - (Roja, narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4657-0

I. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.
CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE DICIEMBRE DE 2015, EN PRIMERA CLASE IMPRESORES,
°CALIFORNIA 1231, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

DEL ÀGUILA
LALLAVE

ELISA ROLDÁN

loqueleq

UN AMULETO DE ORO

— **N**o te olvides de sacar la ropa de la terraza que está por llover, Diego —Isabel dejó a su sobrino la última recomendación doméstica, antes de cerrar la puerta de madera del jardín.

Hacía algo más de seis meses que la tía Isabel pasaba una vez por semana por la casa de Godoy Cruz para ver a su sobrino y ayudarlo un poco. Diego había quedado solo desde la muerte repentina de su padre y ella, la tía soltera, se sentía en la obligación de atenderlo y de brindarle algo del afecto que le faltaba. Hijo único y huérfano de madre desde los primeros años de la adolescencia, Diego había recibido una formación en la que se combinaban los mimos, la protección y la complicidad tácita con la independencia, la confianza y la capacidad de autoabastecimiento. Por eso, para él no era nuevo manejar la casa, preparar algo de comida o quedarse solo por unos días. Isabel sentía, sin embargo, que debía ocuparse de él pero sus propias obligaciones de trabajo y la distancia que los separaba —vivía a más de una hora de viaje de la casa de Diego— se lo impedían. Su situación económica era regular, alquilaba un pequeño departamento con una amiga y no podía llevarse a Diego con ella. Por otra parte, su trabajo de muchas horas le impedía irse a vivir con él. Sabía, además, que él

era independiente y que no hubiera aceptado ese trato. Así que jamás se lo había propuesto.

Diego despidió a su tía y volvió a encerrarse en la casa. Prendió el equipo de audio y escuchó una vez más el último compacto de Charly, regalo de sus amigos para fin de año. El block de hojas blancas y el lápiz blando de grafito eran su otra compañía. Empezó a garabatear una figura sobre el papel: un anciano de cara aindiada con arrugas profundas y gesto cansado. Había heredado de sus padres una habilidad natural para las manualidades que eran su pasatiempo y su evasión.

Valoraba la preocupación de su tía pero se sentía más a gusto solo, manejando su vida a su manera. Sin embargo, esa tarde estaba algo inquieto. Abandonó el block y recorrió la casa vacía. Se detuvo frente a la repisa de caña del living: las tallas en madera le traían infinitos recuerdos. Había visto a su papá modelando cada una de ellas y todavía se acordaba con admiración del proceso que transformaba cada pedazo de madera en una figura. Él también había aprendido, jugando, a manejar las herramientas en el pequeño taller que Ricardo, su padre, había montado en el fondo de la casa.

Subió la escalera y entró en su cuarto. Isabel había acomodado la ropa respetando el desorden de libros, lápices, discos y papeles. Diego se recostó sobre la cama sin retirar la manta a cuadros que la cubría. Aunque hacía calor, le gustaba sentir la textura áspera del tejido artesanal y disfrutar del color de los cuadros. Otro tema de Charly —esta vez una vieja versión de Sui Generis— volvió a llenar la casa de música. A través de la ventana, podía ver el paredón descascarado de la bodega vecina. Recordó alguna tarde de verano cuando jugaba con

sus amigos a la pelota en la calle de tierra. Más de una marca quedaba todavía en el revoque.

Con sus estudios secundarios recién terminados y la intención de iniciar alguna carrera relacionada con el arte, Diego pensaba en su futuro. Su padre no había dejado una fortuna y él tenía que plantearse empezar a trabajar. Pero cómo, en qué. Eso lo preocupaba.

La amenaza de lluvia había pasado y el espléndido sol mendocino se ocultaba. Diego entrecerró los ojos y pudo imaginar, a sus espaldas, el perfil oscuro de la montaña. Era su paisaje de la infancia. Se había criado en Godoy Cruz y muchas tardes había recorrido las calles de tierra para llegar hasta las fincas que estaban detrás de la bodega a cortar frutas de las plantas. Ya adolescente, había disfrutado de la sombra de los árboles en el Carril Sarmiento, charlando con los amigos y acompañando por el rumor del agua de la acequia. Tuvo ganas de recuperar el paisaje y trepó hasta el atillo desde donde se veía nítido el perfil de los cerros. Se iba haciendo de noche y el cielo cambiaba de color sin apuro. El sonido estridente del timbre y las voces familiares en la calle lo volvieron a la realidad.

—Diego, abrí que la pizza se enfría.

Era el tono inconfundible de Chino, uno de los amigos de siempre. Bajó de a dos los escalones de madera y fue encendiendo luces. Las siluetas de Chino y de Matías se recortaron en la oscuridad.

—Pasen. Parece que hoy no me toca cocinar —fue el saludo de Diego, que recibió a sus amigos con una palmada en el hombro.

—Para eso está don Felipe. Preparó una especial con porción doble de aceitunas que está para chuparse los dedos. La otra es de jamón y morrones.

Yo paso —aclaró Chino, como para que quedara claro cuál era su predilecta.

—Siempre el mismo pretencioso —acotó Matías—. Dentro de un rato llega Paula y comemos.

—¿Tardará mucho? Tengo un hambre que no veo. A ver si cuando cambies de novia, Matías, te elegís una más puntual.

—Dale, Chino, dejá de rezongar y ayudame a preparar la mesa —dijo Diego tratando de evitar la discusión que aparecía en el horizonte.

Chino, Matías y Diego habían sido compañeros de la escuela primaria y desde entonces eran inseparables. Cada uno había elegido un camino diferente pero seguían compartiendo todo. Matías estaba por empezar sexto año de enología en el Liceo Agrícola y ya había hecho alguna práctica en una bodega de Maipú. Chino trabajaba en un taller mecánico que quedaba a unas cuadras de la casa de Diego. Era fanático de los “fierros”. Su última adquisición era un Citroën modelo 47 y estaba empeñado en convertirlo en auto de colección.

—¿Qué se puede escuchar? —preguntó Chino sin esperar respuesta mientras revolvía los discos.

—Poné algo de Fito —pidió Matías.

—Y dale con Fito... ¿No podemos cambiar un poco de onda?

—¿Qué vas a escuchar, alguna de esas bandas que te ponen los pelos de punta? Poné a Fito que a Diego también le gusta —insistió Matías.

—A mí también me gusta —se atajó Chino—, pero hoy tengo ganas de escuchar alguna otra cosa.

El timbre interrumpió la nueva discusión. Diego fue a abrir la puerta. Era Paula. Radiante

con sus jeans impecables y la remera blanca, el pelo negro todavía húmedo y los ojos apenas sombreados, saludó a Diego y a Chino y estiró los labios para recibir el beso tierno de Matías. Hacía algo más de un año que salía con él y los chicos la habían aceptado con naturalidad en el grupo.

Mientras la discusión sobre la música se reanudaba, y en vista de que los varones no estaban dispuestos a colaborar, Paula acompañó a Diego a la cocina para preparar la mesa. Con movimientos rápidos recorrió las alacenas para sacar platos, vasos y cubiertos, dobló con gracia las servilletas de papel y sacó la soda y el jugo de la heladera. Diego la miraba sin verla. Parecía estar en otro mundo.

—Vos tranquilo que yo hago todo —le recriminó Paula suavemente. En realidad, no estaba reclamando ayuda: intentaba sacarlo de sus pensamientos y volverlo a la realidad.

—Perdoname, me distraje y no me di cuenta de que lo estabas haciendo todo sola. Ya te ayudo, ¿falta algo?

—No, ya está todo. Llamá a los chicos. Y no pienses que te estaba retando. Eso sí, me encantaría saber en qué pensabas. Sabés que soy una curiosa incorregible y no quiero perderme nada, ni siquiera lo que pasa por la cabeza de los demás.

—Después te cuento. Ahora comamos, que se enfría la pizza.

Diego se asomó y llamó a sus amigos. La discusión musical se había resuelto con un arreglo salomónico: un conmovedor tema de Pink Floyd.

—¡Por fin! —se alegró Chino—, pensé que la pizza iba a ser el desayuno de mañana.

La comida transcurrió entre los comentarios habituales: el colegio de Matías, el Citroën de

Chino, la música, alguna película vista en la semana por televisión, el fútbol. Sin embargo, el diálogo no era tan alegre como otras veces, ni pasaban de un tema a otro con facilidad. Diego parecía permanentemente distraído y Paula no dejaba de mirarlo, dispuesta a no irse esa noche sin saber qué era lo que le preocupaba tanto.

—¿No tienen ganas de tomar helado? Voy a comprarlo si se ponen de acuerdo con los gustos. Una sola discusión y me arrepiento. ¿Chocolate amargo y frutilla a la crema está bien? —preguntó Matías seguro de que, con la amenaza, nadie se atrevería a discutirle.

—¿Se puede agregar un gusto? —se atrevió Chino.

—Bueno, dale, pero decidí pronto, antes de que me sienta —volvió a apurarlo Matías, solo para hacerlo enojar. En realidad, iba a ir igual: tenía ganas de dar una vuelta a solas con Paula aprovechando el calor de la noche.

—¡Dulce de leche! —se apuró a sugerir Chino siguiendo la broma.

—¿Y vos, Diego? —preguntó Matías, aunque él también notaba a su amigo algo ausente.

—Está bien, lo que ustedes quieran. Esperá que te doy algo de plata. Ayer le vendí unas tallas a Mercedes, la que tiene el negocio de artesanías de Las Heras y San Martín, así que puedo pagar.

—Dale, no te hagas el millonario, esta vez invito yo. ¿Venís, Paula?

Ella asintió sin palabras. Matías la tomó del hombro y salieron. Caminaron unos pasos hasta Matheu, doblaron por Terrada y llegaron hasta el Carril Sarmiento. Las calles estaban solitarias, a pesar de que la noche invitaba a pasear. Sus siluetas

se recortaban nítidas sobre la vereda y, hasta llegar a la avenida, el único sonido era el canto de los grillos. Matías rodeó a Paula por la cintura y la besó tiernamente en la boca varias veces antes de llegar a la heladería. Paula respondió demorando cada beso y lamentando que el paseo fuera tan corto.

No solo quería estar a solas con Matías. También quería hablar con él sobre Diego. Lo había observado durante toda la cena y estaba intrigada. Algo le pasaba. Finalmente, cuando las luces de los colectivos que circulaban por el Carril se metieron sin discreción entre ellos, se animó a preguntarle:

—¿Le pasa algo a Diego? Lo noto raro.

—¿Qué te parece? Hace nada más que seis meses que murió el viejo y está muy solo. Además, pensá que tiene problemas de plata. Lo que Ricardo dejó fueron unos pocos pesos, que ya se le están terminando. La tía no puede ayudarlo porque apenas gana para ella. Cada tanto vende alguna artesanía pero eso no alcanza para nada. Y conseguir trabajo... Sin experiencia no te quieren en ningún lado.

—¿Y la familia de la madre? Nunca habla de ellos. ¿Tiene tíos o abuelos?

Paula no conocía bien la historia de Diego. Aunque vivían en el mismo barrio, la amistad con él había empezado a raíz de su noviazgo con Matías.

—No creas que yo sé mucho de eso. Diego no los nombra nunca y, que yo sepa, Lucía no hablaba jamás del tema. Sé que ella había nacido en Buenos Aires y que se vino a Mendoza cuando se casó con Ricardo.

La heladería estaba llena de gente. Esperaron un buen rato, lo suficiente como para que Paula pudiera satisfacer —aunque fuera en parte— su curiosidad por la historia de Diego.

—¿Vos conociste a la mamá? ¿Cómo era?
—siguió preguntando Paula.

Sí, Matías recordaba bien a Lucía. Alta, con el pelo renegrido cayendo en amplios rulos sobre los hombros y eternamente vestida con jeans, remeras que ella misma pintaba y algún colgante de madera tallado por Ricardo. Todos los amigos de Diego habían sido sus alumnos en el taller. Lucía daba clases de plástica a los chicos del barrio, en su casa y en la Sociedad de fomento que estaba del otro lado del Carril Sarmiento. No cobraba mucho —Matías recordaba ese comentario de su mamá— y casi todo lo invertía en los pinceles, las pinturas, las hojas y las telas que les daba a los chicos para trabajar. Esas clases eran un hermoso recuerdo de su infancia. Por la tarde, después de volver del colegio y almorzar, al abrigo del sol del otoño, Matías recorría dos veces por semana las cuadras que separaban su casa de la de Diego con la carpeta enorme bajo el brazo. Lucía lo recibía con una sonrisa y lo acompañaba hasta el taller donde ya estaban Diego y algunos de los chicos. A medida que iban llegando los demás, Lucía preparaba los materiales y charlaba con ellos, pensando juntos en qué podía trabajar cada uno. Eran dos horas en las que las travesuras se aquietaban y cada uno se metía, con la seriedad de sus años, en su pequeña obra. Lucía elogiaba, corregía, sugería un color, daba una pincelada, se enojaba un poquito con algún perezoso, y al fin llegaba la hora de acomodar los trabajos para que se secaran hasta la clase siguiente, en que los llevarían a casa. Así, durante unos años. Matías no se acordaba de cuántos pero sí de que, cuando estaban en séptimo grado, un día Lucía les anunció que iba a tener que suspender las clases por un

tiempo. El médico le había aconsejado descansar. Nunca pudo retomarlas. Después, Matías recordaba que la vio pocas veces, muy delgada, hasta que, cuando estaban en segundo año del secundario, Lucía murió.

Paula escuchó el relato conmovida. Con los ojos brillantes, vio cómo Matías pedía el helado y pagaba. No pudo hablar durante el regreso. Matías intentaba animarla pero era imposible. Al final, cuando dieron vuelta a la esquina, ya frente al paredón de la bodega, se detuvo y le dijo:

—No podés entrar así. No quiero que Diego te vea triste.

Un largo beso y una caricia en el pelo bastaron para que Paula sonriera y disimulara la emoción.

No hizo falta que tocaran el timbre: la puerta estaba apenas entornada y entraron. No se oía música. En el living, Diego y Chino estaban hablando con tono de preocupación. Paula y Matías se detuvieron asombrados: parecía la misma conversación que habían tenido los dos en la heladería.

—¿Y nunca supiste nada de ellos? —le preguntaba Chino a Diego.

—Nada. Solo sé que mamá tenía a su padre y a una hermana. Pero algo pasó porque, que yo sepa, nunca intentaron comunicarse con ella. Sé que no querían para nada a papá. Pero tampoco sé bien por qué.

El tono de Diego era más grave que lo habitual. Se lo veía triste, sentado en el piso, con las piernas largas cruzadas y los dedos estirando el pelo negro y lacio.

—¡Tenemos que hacer algo, viejo! No puede ser que tengas otros parientes y ni siquiera sepan que existís y que tenés problemas —se indignó Chino.

Matías y Paula hablaron en voz alta para que los chicos notaran que habían llegado. Diego se paró de inmediato, recibió el pote de helado y se fue a la cocina para servirlo. Chino, Paula y Matías se quedaron callados un momento.

—Estaba diciéndole a Diego...

—Sí, ya escuché —interrumpió Matías—, pero no es tan fácil hacer algo. ¿Cómo va a encontrar en todo Buenos Aires a la familia de Lucía? ¿Vos creés que Buenos Aires es un pueblito? Ni aquí en Godoy Cruz los encontrarías sin tener datos.

—Dale vos con tus reflexiones. La cosa es hacer algo. —Mientras Diego volvía de la cocina con los helados servidos, Chino lo encaró con su estilo frontal—: decime, Diego, ¿por lo menos sabés cómo se llaman, en qué barrio viven, de qué laburan, cuántos son?

—Solo sé el apellido: Gutiérrez. Y mamá hablaba de que, cuando era chica, iba a jugar al Jardín Botánico. Poco, ¿no? —sonrió tristemente Diego.

—Poco es más que nada. Ya se nos va a ocurrir algo. Para eso tenés amigos. Y que te quede clarito: si tu vieja tiene familia, vos no tenés por qué estar sufriendo por la guita. Seguro que tus abuelos se murieron y te corresponde la herencia —razonó Chino, ya en el papel del detective justiciero.

Matías, más reflexivo, no dijo nada. Se quedaron otra vez en silencio hasta que la curiosidad y el deseo de colaborar de Paula no pudieron más.

—¿No tendrás algo que pueda ayudarnos, alguna carta, una foto vieja, una agenda de cuando tu mamá era joven?

—No, mamá nunca me mostró fotos de cuando era chica. Las primeras son de cuando estaba